

Número 55- REPUBLICA DE COLOMBIA Junio 1.º : 1910

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10
MCMX

CONTENIDO

José Joaquín de Olmedo.....	ENRIQUE PIÑEYRO
Los libros malos.....	MONSEÑOR BAUNARD
Decadente.....	A. MARCO
Para la historia del Colegio	
Episodio rústico.....	FRANCISCO M. RENGIFO
La guerra á la Iglesia	
Crónica del Colegio.....	SODALIS
El espejo y el agua.....	J. E. HARTZENBUSCH



REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Junio 1.º de 1910

JOSE JOAQUIN DE OLMEDO

III

RASGOS BIOGRÁFICOS

No es posible decir con cabal exactitud que fuese Olmedo hombre de Estado ó activo adalid político; y es lo cierto, sin embargo, que la política ocupó toda su existencia. A pesar de que sus virtudes domésticas, su carácter apacible y conciliador, lo mismo que su hermoso genio poético y su amor al estudio, debieron á una alejarlo del campo de las luchas implacables, de los rencores homicidas, de las rivalidades feroces, penetró en la palestra política y en ella se mantuvo desde la primera hora que fue dado á los americanos dedicarse á los asuntos públicos, es decir, desde que el gran Quintana redactó en Febrero de 1810 el celeberrimo "Manifiesto del Consejo de Regencia de España é Indias á los americanos españoles." Relatar en su orden cronológico los principales sucesos de su vida es dejar esta verdad perfectamente aclarada y confirmada.

Nació José Joaquín de Olmedo y Maruri en Guayaquil el 20 de Marzo de 1780, hijo de un español, Capitán de ejército, que servía como empleado público á su gobierno, y que por su matrimonio entró á formar parte de una de las familias distinguidas del país. Educóse primero en Quito, luego en Lima, donde llegó á ser abogado, doctor en leyes y catedrático de Derecho en la Universidad. En rea-

lidad desde un principio cultivó más las letras que las leyes, pero no fue esto obstáculo para que, apenas convocadas las Cortes españolas, lo eligiese como diputado su Provincia natal. Ocho meses empleó en la travesía y no desembarcó en Cádiz hasta Septiembre de 1811. Su firma aparece al pie de la Constitución famosa de 1812, del tan aclamado Código Político, que nunca rigió sino en períodos de borrasca deshecha; que todavía veinticinco años más adelante, en 1837, pareció á sus mismos autores demasiado liberal, y fue preciso reformarlo en sentido restrictivo por los que de ellos quedaban y por sus inmediatos sucesores; aunque tampoco en la nueva forma logró vivir mucho tiempo.

Olmedo, que nunca fue orador, pues no tuvo ni la voz ni el aplomo ni la prontitud de ingenio indispensables para el caso, no pudo por tanto descollar en las discusiones parlamentarias, como José Mejía, su compatriota y compañero de diputación, que eclipsó á todos en aquella grande y memorable Asamblea. Cítase sólo un discurso suyo, en favor de los indios, á propósito de las mitas, por cuya supresión habló y que las Cortes abolieron. A la verdad esa cruel institución colonial únicamente existía ya en contados lugares, pues donde fue fácil llevar negros de Africa, resultaba innecesaria; y para interesar en la suerte infeliz de estos últimos era todavía en España demasiado temprano.

Como miembro de la Diputación permanente de las Cortes, fue Olmedo de los que pretendieron imponer á la Majestad de Fernando VII la alternativa de aceptar y jurar la Constitución de 1812 ó renunciar al trono; alternativa de que se burló el Monarca absteniéndose de ambos extremos, y confinando en presidios de Africa ó en castillos de la península á los que osaron avanzar semejante pretensión. Olmedo muy sabiamente se escondió en Madrid apenas llegó el Monarca, y escondido permaneció hasta poder pasar á Cádiz y embarcarse. Pisó otra vez la tierra natal á fines

de 1816; allí, como siempre había sucedido, el eco de los sucesos de España tardaba mucho en repercutir, y los españoles, satisfechos con la noticia del restablecimiento de la autoridad absoluta del Rey y con que no se hablase más de Cortes ni de algo parecido, lo dejaron desembarcar y vivir tranquilo en su casa.

De su estancia en España, fuera de las actas del Congreso y del discurso acerca de las minas, impreso aparte varias veces, acaso no quede otro recuerdo escrito que la curiosa comunicación que escribió á la Princesa del Brasil, Carlota Joaquina de Borbón, en respuesta á la que ésta le dirigió para darle las gracias por su voto reconociéndole el derecho de suceder á la corona, en caso de faltar la línea del Infante D. Carlos María, hermano del Rey.

La carta de D.^a Carlota, igual sin duda á la que recibieron muchos otros que estaban en el mismo caso, decía así:

“La continua é infatigable tarea que en las actuales Cortes dedicas al bien de nuestra cara patria, y á la defensa de los derechos del Trono, merecerá en todo tiempo mi más distinguida consideración.

Tus recomendables servicios confirmados con el sufragio que diste en 21 de Diciembre precedente para sancionar el artículo 4.^o del capítulo de sucesión, me constituyen en la grata obligación de expresarte los sentimientos de mi afectuosa gratitud, dándote por una acción tan fiel y generosa las más sinceras y cordiales gracias, y deseando ocasiones en que pueda contribuir á tu bien y felicidad. Dios te guarde muchos años. Palacio del Río Janeiro y 29 de Marzo de 1812. *Tu Infanta—Carlota Joaquina de Borbón—*A D. José Joaquín de Olmedo y Maruri.”

La contestación, que he copiado del manuscrito de letra de Olmedo que comunicó á Ballén la familia del poeta, fue la siguiente:

“Señora: El honor de una carta tan expresiva como la de V. A. R. no sólo ha sido sobre mis esperanzas sino aun

sobre mis deseos: y por esta gracia tan superior á mi mérito como á todo encarecimiento, me obliga V. A. R. desde hoy á vivir y morir siéndole ingrato.

La declaración de los derechos eventuales á la corona de las Españas, que han hecho las Cortes en favor de V. A. R. siguiendo nuestras primeras leyes injustamente anticuadas, ha sido recibida con general aplauso. Oh! pueda este acontecimiento traer los gloriosos días de Isabel y apresurar los grandes destinos á que está llamada la nación española!

Mi imaginación, señora, se adelanta á esos días de gloria, me felicito de la parte con que he contribuído, y recibido de antemano como única y sobrada recompensa la parte que me toque de las bendiciones que darán los pueblos á las Cortes, cuando, ensanchados los límites de nuestro Imperio acá y allá del mar, vean aumentarse su riqueza y su poder, vivan libres y felices en su patria, y sean envidiados y temidos de todas las naciones—A S. A. R. d. Carlota Joaq. de Borbón, Princesa del Brasil. Señora: *José Joaquín de Olmedo*.—Cádiz, Agosto 8 de 1812.”

Esta carta firmada, cuando todavía Olmedo usaba delante de su apellido la partícula por él después suprimida, aunque no deba ser considerada más que como acto de respetuosa cortesía, significa por lo menos que en 1812 abrigaba siempre su autor sentimientos idénticos á los que expresó en la *Loa*, dedicada en 1806 al Virrey del Perú.

Cuando en 1820 se levantó Guayaquil á proclamar su independencia de España, fue Olmedo uno de los tres escogidos para componer la Junta de Gobierno que se creó inmediatamente; y cuando en 1822, derrocado para siempre el Gobierno español, después de la victoria de Sucre en Pichincha, llegó la hora de constituirse definitivamente, Olmedo y la Junta, de que era Presidente, opinaron por formar un Estado independiente, mientras unos se inclinaban en favor de la unión con el Perú, y los más en favor de la incorporación á Colombia. El conflicto de pareceres

quedó muy pronto resuelto con la presencia dominadora de Bolívar, que corrió á Guayaquil con ese objeto, y ordenó con rudo gesto de conquistador la anexión inmediata á la gran República por él formada. Los miembros de la Junta de Gobierno se sintieron vivamente ofendidos por la altanera dureza con que Bolívar los recibió y trató; tanto que Olmedo, forzado á ceder ante la ineluctable necesidad, resolvió emigrar al Perú, que era para él, como hemos visto, una segunda patria. El Libertador intentó desagraviarlo; sin arrepentirse por otra parte de sus desmanes, pues marcaba bien que el desagravio era á él solo, como atención especial á su talento y á su persona, de ningún modo á sus compañeros. Olmedo permaneció firme en su propósito, se preparó á partir, y basta citar el final de la carta, que antes dirigió á Bolívar, para comprender la importancia que daba al incidente y á la situación resultante: “Me separo, á través de pesar, de una familia honrada, que amo con la mayor ternura, y que quizás queda expuesta al odio y á la persecución por mi causa. Pero así lo exige mi honor. Además, para vivir necesito de reposo más que del aire: mi patria no me necesita, yo no hago más que abandonarme á mi destino.” ¡Extraña cosa que, al encontrarse por vez primera, quedarán tan amargamente desavenidos los dos hombres, que en la memoria de la posteridad están y estarán siempre indisolublemente unidos, por obra del magnífico canto de victoria en que tan soberbiamente endiosó el poeta al gran guerrero!

Mas no habían de continuar reñidos mucho tiempo. El Perú acogió á Olmedo con brazos abiertos, lo eligió en seguida miembro del Congreso constituyente reunido, y al otro año, en sus grandes apuros, no creyó encontrar persona más apta que él para hablar á Bolívar en nombre del país, implorar su auxilio y convencerlo de la necesidad de otorgarlo inmediatamente en vista de la triste situación. Esta en efecto se agravaba rápidamente. Las tropas españolas habían vuelto á entrar en Lima, “el engreído y san-

guinario Canterac" había descendido de la sierra desahucando todo en su camino, y no contaba la República con alguien que fuera capaz de realizar ahora lo que el mismo General San Martín no osó antes emprender. Bolívar, que había resistido impasible á los ruegos de su ilustre rival, pero que en realidad sólo aguardaba el momento crítico en que su presencia fuese absolutamente indispensable y en que, sin trabas ni condiciones, pudiera tomar la Dirección general de los negocios y asumir la dictadura, oyó esta vez á Olmedo cuando llegó en nombre del Perú á decirle, en elocuente arenga: "Todos, señor, sólo esperan una voz que los úna, una mano que los dirija, un genio que los lleve á la victoria. Y todos los ojos, todos los votos se convierten naturalmente á V. E."

Bolívar acudió al Perú, y Olmedo, dada cuenta satisfactoria de su misión, volvió de Lima á Guayaquil, resignado á la situación á que con tanta energía había creído antes deber oponerse allí. Ahora, con los ojos de la mente fijos en el Perú, aguardaba con ansiedad los grandes acacimientos que por ese lado presentía.

Al llegar á sus oídos el ruido del trueno de Junín, la emoción de la gran noticia le inspiró en el acto los primeros versos del canto al vencedor. El eco vibrante del triunfo de Ayacucho agrandó, elevó hasta las nubes el vuelo de su musa arrebatada, y quedó completo, acabado, el espléndido poema. Al principio de este trabajo está ya compendiada la historia de su composición y su publicación.

En ese mismo año, 1825, el Congreso del Perú le reconoció el carácter y los derechos de nacido en territorio peruano, para conferirle la representación diplomática de la República en varias cortes europeas, y en Agosto, como queda dicho antes, se embarcó para Europa. Su éxito de diplomático fue moderadamente feliz, lo que era posible en esos países, en aquella fecha y en medio de las graves contrariedades que en el seno mismo de la Comisión se produjeron.

Tres años después estaba de vuelta en su país, bien resuelto á encerrarse en su casa á descansar; por lo cual declinó el honor de desempeñar el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia que le fue ofrecido. Sus dos patrias, Perú y Colombia, se habían declarado la guerra y tocábale ahora ser espectador entristecido de los azares de esa contienda deplorable, que no terminó hasta Febrero de 1829, con la batalla de Tarqui, ganada por Sucre. Cesó entonces la ocupación de Guayaquil por las tropas peruanas y volvió la Provincia á formar parte de Colombia. En esa jornada de Tarqui obtuvo el grado de General de División el caudillo venezolano Juan José Flórez, y en ella también ganó el renombre y el prestigio que lo llevaron al puesto de Prefecto de los Departamentos, que serían poco después la República independiente del "Ecuador en Colombia," y que lo designaron además para el mando en Jefe de las tropas colombianas allí establecidas después de la campaña. A ese prestigio, que Sucre fue el primero en proclamar, y á esas tropas, compuestas en gran parte de venezolanos que vinieron á ser más adelante una especie de guardia pretoriana en torno de Flórez, debieronse sucesos que, unos, al principio, afortunados, otros, después, bien infelices, en los dieciocho años siguientes que de vida á Olmedo quedaban, someterían más de una vez á dolorosas pruebas la entereza y consecuencia de su carácter.

El poco ó ningún agrado con que había visto la anexión de Guayaquil á Colombia, no lo tenía preparado á afligirse demasiado por la inevitable disociación, que vino tras la separación de Venezuela y la caída de Bolívar, y que transformó los tres Departamentos meridionales en República independiente. Esa transformación se verificó prontamente y sin peligro alguno, en Mayo de 1830, bajo la égida de del General Flórez; aunque siniestramente iluminada por los tiros de fusil, que en esos mismos días tendieron muerte á traición en el monte funesto de Berruecos al gran triunfador de Ayacucho, al immaculado Sucre, la más pura

y noble figura de toda la epopeya hispanoamericana, que de Bogotá se dirigía solo al Ecuador, contando con que la memoria de sus servicios anteriores, y la acción de su dulzura y sinceridad, atajarían quizás el impulso que iba á separar para siempre el norte y el sur de la antigua Colombia. De todos modos es lícito suponer que, si Sucre hubiese vivido, no hubiera sido Flórez el primer Presidente del Ecuador, y muchas otras cosas que acaecieron no habrían tampoco tenido lugar.

Flórez convocó un Congreso constituyente. Reunióse en Riobamba, dio á luz una Constitución en cuya redacción tuvo Olmedo, según parece, preponderante influencia, y quedó organizada y en marcha la nueva República, con Flórez de Presidente por un término de cuatro años, y Olmedo de Vicepresidente; pero éste al poco tiempo renunció, para residir más tranquilo en Guayaquil. Poco después admitió el título de Gobernador de la Provincia de Guayas; atraído sobre todo, es evidente, por vivir entre los suyos y en su casa.

No nacía la nueva Nación bajo los mejores auspicios; esto es imposible negarlo. Como dijo Olmedo en otra ocasión, muy posterior, fue "la primera que llamó á un extranjero á preparar sus destinos, la única también que se hallaba sojuzgada por una fuerza extraña y en la incapacidad de darse un Gobierno según su voluntad." (1)

Mantúvose, sin embargo, en relaciones bastante cordiales con Flórez, á pesar de que luégo, por disentimientos con el Ministro de Hacienda, renunció en términos llenos de indignación el cargo de Gobernador; á pesar también de que puso una vez su firma debajo de una acta que en sustancia concurría á apadrinar lo que, como dice bien el historiador P. F. Ceballos, no era más que una insurrección

(1) MANIFIESTO del Gobierno Provisorio del Ecuador, sobre las causas de la presente transformación. A LOS PUEBLOS AMERICANOS. Guayaquil: Imprenta de M. I. Marillo. Año de 1845. (Pág. 2. Edición original).

de cuartel. Pero cuando en 1834 tuvo Flórez en su poder á Vicente Rocafuerte, su rival muy temible, y en vez de humillarlo ó deportarlo, firmó un Tratado de paz con él, comprometiéndose solemnemente á retirarse de la Presidencia el día mismo de cumplirse el cuatrienio legal, sin pretender en forma alguna la reelección, no titubeó Olmedo en colocarse de su lado, y con sus amigos apoyarlo en la ruda campaña que contra Flórez mantenía en el interior de la República un partido numeroso, en que figuraban hijos muy distinguidos del país. Esa guerra civil fue la que trágicamente se decidió en el campo de Miñarica el domingo 18 de Enero de 1835; batalla ominosa, como la calificó después Olmedo en el ya citado Manifiesto, batalla en que "corrió sangre ecuatoriana bastante á petrificar los vastos arenales de Guachi y Miñarica." Trabóse la lucha á las cuatro de la tarde de ese día: eran unos mil hombres del lado de Flórez, no más de dos mil de la otra parte. Duró el lance apenas una hora. El vencedor perdió entre muertos y heridos menos de cien hombres; el vencido quedó completamente aniquilado; dejó ochocientos cadáveres en el campo del encuentro; muchos de los que huyeron desfavoridos, aterrados ante el desastre sufrido por la vanguardia, fueron alcanzados y sacrificados, y aun algunos que se creían salvos por haber sido hechos prisioneros. La revolución, después de haberse sostenido con pujanza que no decayó durante más de un año, sucumbió de esa manera en un instante.

Por su resultado, por su carácter mismo y su dramático fin es célebre la batalla en el Ecuador. Eslo mucho más en la historia literaria de América, á causa de la oda admirable que el triunfo de Flórez inspiró al gran poeta que desde Guayaquil siguió con palpitante interés la marcha de la campaña.

La poesía es digna en todas sus partes de ponerse al lado del *Canto á Bolívar*. Si no lo iguala en el vigor y variedad de la inspiración ni en las vastas proporciones del

cuadro, ni en la grandeza del asunto, ni en el acento sublime de entusiasmo patriótico, lo supera en la perfección del estilo, la atildada sobriedad de la dicción poética, y por una figura, una sola, pero magnífica, el apóstrofe al Chimborazo :

Rey de los Andes, la ardua frente inclina
Que pasa el vencedor...

y que es gran lástima no tenga equivalente en el primero de los dos cantos.

Al tiempo de su publicación, como en años posteriores, era común oír vituperar á Olmedo por haber exaltado de tal manera lo que después de todo fue triste episodio de guerra civil, y es en sustancia la glorificación de uno de tantos caciques ambiciosos que en mengua suya ha elevado, y aun á veces eleva todavía, sobre el pavés la América española. Pero me parece que mirar exclusivamente por este aspecto la cuestión, es sacarla de su verdadero terreno y empequeñecerla demasiado. Es innegable que gran número de ecuatorianos muy sensatos y muy humanos juzgaban la batalla y el Jefe que la ganó exactamente como Olmedo; y que la misión, la gran tarea de éste fue dar forma poética duradera á lo que estaba en la mente y en el corazón de muchos. La composición es testimonio de un estado particular del alma de un pueblo en un momento dado, y es además obra de arte muy notable : razones bien suficientes para apreciarla muy alto, sin olvidar por supuesto que no obedeció ciertamente su autor al estímulo de interés sordido ó de bajo egoísmo ; ni nunca fue de ello capaz. En cuestiones de arte la sinceridad es condición esencial, suprema, que todo lo engrandece. Por otra parte, imaginar que si no hubiese Olmedo escrito y publicado la oda, hubiera habido en América menos guerras civiles y menos batallas del género de Miñarica, sería una puerilidad.

Es verdad que Olmedo mismo se mostró arrepentido de su obra, y que lo dijo privada y públicamente. Cinco

años después de compuesta escribió á un amigo estas palabras (1).

“No es bueno cantar las guerras civiles : el elogio de los vencedores no puede hacerse sin mengua de los vencidos. Con todo mi corazón quisiera borrar algunos versos de esa composición.” Y todavía, otros cinco años más adelante, en el *Manifiesto* de 1845, al llegar, en su resumen de de la carrera de Flórez, al suceso de Miñarica, expresó su pena por medio de este párrafo muy digno de recordarse : “Aterrado, atónito el patriotismo, y reducido al silencio y á la impotencia de acción, tuvo que refugiarse en el pecho de los que sobrevivieron al estrago, sofocando allí su dolor y su indignación. Y si no faltó quien cantase la fatal victoria, los patriotas perdonaron los extravíos del genio y las ficciones poéticas en alabanza del Angel exterminador, porque se conservase siempre viva una memoria que excitaba continuamente á la venganza.” Esto es sin duda una recantación, una palinodia en toda la fuerza del término ; pocos casos podrán citarse de humillación más profunda y espontánea. Explícase ello en buena parte con sólo recordar que es fragmento de un documento oficial, suscrito por miembros del llamado Gobierno Provisorio, compuesto de tres personas, una de las cuales, la primera, era Olmedo ; Gobierno creado además para echar abajo y suceder al mismo General Flórez. La sinceridad del poeta es siempre incuestionable, en verso igual que en prosa, pero en ambos casos es pasión política,

che muta nome, perchè muta lato.

Flórez en 1835 representaba la legalidad y aparecía como perfectamente desinteresado, pues se retiraba del poder y aceptaba como sucesor á un hombre eminente, de carácter enérgico, cual lo era Rocafuerte, quien de ningún

(1) Carta de Noviembre 18 de 1840, publicada por J. León Mera en su *Carta sobre Olmedo*, dirigida á D. Manuel Cañete, Ambato, Enero 12 de 1887. Pág. 33.

modo podía considerarse como hechura ó juguete de su ambición; mientras que en 1845 tenía Flórez cometidos verdaderos atentados, había ya descubierto el propósito de eternizarse en el poder y había hecho, ilegal y tortuosamente, cambiar la Constitución para disfrazar y esconder tras ella el más odioso despotismo.

Como es bien sabido, la revolución, á cuyo frente ponía Olmedo su nombre, triunfó en poco tiempo, con facilidad inesperada, á pesar de los descabros que sufrió al principio. Flórez no llegó en realidad á ser vencido y hasta el último momento conservaba tropas bastantes para defenderse; pero al ver que el movimiento contra él se propagaba, que iba perdiendo uno á uno sus antiguos amigos, y que el país entero le era hostil, sintió caerle las alas del corazón, antes tan lleno de recursos y osadía; y se prestó á firmar un Acuerdo en que, á trueque de ciertas ventajas puramente personales, aceptaba la condición, que *sine qua non* se le imponía, de abandonar el país, con especial prohibición de volver antes de dos años, plazo que se juzgó necesario para reformar las instituciones y sustituir unos hombres con otros en ciertas esferas de la administración. Si en ese momento y de ese modo hubiese efectivamente concluído la carrera política de Flórez, aparecerían hoy ante la historia circundados de una aureola su nombre y su figura. Todo se le perdía en gracia del acto final, considerado como demostración de amor á la patria adoptiva, inspirado por vivo deseo de evitar inútil derramamiento de sangre. Pero lo que después pasó desmiente esa interpretación; el despecho lo convirtió luego en faccioso, y no fue por falta de empeño suyo si no desembarcó en playas ecuatorianas á la cabeza de un ejército de mercenarios. El Gobierno inglés desbarató la expedición, que llamó Olmedo *maldata*, calculando él por su parte que, en caso de llegar á salir de Europa, sería detenida por los chilenos en el camino (1)

(1) Carta de Olmedo á Andrés Bello, de Enero 31 de 1847; por primera vez publicada en la *Vida de D. Andrés Bello*, por M. L. Amunátegui, Santiago de Chile, 1882.

A fines de ese mismo año 1845, se reunió en Cuenca la Asamblea Nacional encargada de legalizar la nueva situación, acordar las reformas constitucionales ofrecidas y elegir Presidente. Olmedo fue el candidato, al mismo tiempo que Roca, su colega en el Gobierno Provisorio, y la lucha en la Asamblea fue muy larga y tenaz. La sesión permanente duró dos días, hubo más de ochenta escrutinios y al fin, por sólo un voto, triunfó la candidatura de Vicente Roca. Fue mejor así: la Presidencia de Roca resultó en extremo agitada, turbada sin cesar por pronunciamientos y revoluciones, y faltaron medios y ocasiones propicias de atender al alivio de los males crónicos, acaso incurables, que aquejaban á la República. Olmedo, que vivió poco más de un año después de la elección, y que estaba ya herido de muerte por la enfermedad, no hubiera podido seguramente resistir ni aun durante ese año al ajeteo terrible del cargo.

Hizo un viaje al Perú á principios de 1846 con objeto de pedir en nombre del Ecuador los restos del General Lamar, hijo de Guayaquil, amigo suyo, de quien habló en el canto á Bolívar, al describir las diversas fases de la batalla de Ayacucho, en estos términos:

Sereno, pero siempre infatigable,
Terrible cual su nombre, batallando
Se presenta La Mar y se apresura
La tarda rota del protervo bando.

Lamar había muerto años antes, proscrito en Costa Rica, y de ahí el Gobierno peruano acababa de hacer traer sus restos. Negóse éste con razones bastante plausibles á devolverlos, pues aunque nacido en el Ecuador Lamar, después de de largo tiempo de residencia y de servicio militar en España había desembarcado en el Perú como militar español, había abrazado allí la causa americana, había brillado como el que más en la jornada final, y el Perú lo había colmado de honores, hasta elegirlo Presidente de la República. Ol-

medo, al aceptar la comisión, previó probablemente el fracaso, á pesar de la carta muy hábil y expresiva que en apoyo de su pretensión dirigió al Ministro peruano. Pero es de creer que más bien lo llevó á emprender el viaje el deseo de mejorar en sus achaques, como se deduce de la carta á Bello ya citada: He vuelto del Perú (le dice), á donde fui á buscar salud y no la encontré." La carta es de Enero 31, y falleció el gran poeta que la suscribe, veinte días después, el 19 de Febrero de 1847, víctima del padecimiento intestinal que por tanto tiempo lo atormentó.....

El estilo de Olmedo en prosa, muy diferente del de sus versos, es muy agradable. Si alguien en el Ecuador reuniese y publicase sus cartas, junto con algunos de los documentos oficiales, que conste haber sido totalmente escritos por él, prestaría buen servicio á las letras y á la historia de América.

ENRIQUE PIÑEYRO

Los libros malos

Os he hablado de los libros buenos. Hoy, hijos míos, estoy condenado á hablaros de los malos libros; y, puesto que tal es mi deber, lo cumpliré.

Nuestro deber es preveniros contra el mal y defenderos de vuestros enemigos. Pero tenéis un enemigo del que se debe desconfiar, tanto más cuanto se encubre con la máscara de la amistad. Un enemigo que tiene siempre la sonrisa en los labios, el dón del buen decir, una conversación agradable, es un charlatán, un cuentista, un artista, un poeta. Pero no os engaños: en el fondo no es más que un asesino que os entretiene para perderos, y que, una vez con vosotros, no ha de dejaros hasta haber hecho presa en vuestras almas. Ese enemigo que os denuncia, ese enemigo de vuestras almas, ese asesino, es el libro malo.

Hay libros malos contra la fe y libros malos contra las costumbres. Algunas veces unos y otros se unen, y traba-